

Módulo 5: Caspe, Capital Roja

• Introducción

Como venimos señalando a lo largo del curso, en octubre de 1936 se constituyó el Consejo de Aragón, órgano liderado por la CNT y reconocido por el gobierno de la Segunda República y con sede en Caspe. A continuación, nos vamos a centrar en cómo este hecho modificó la vida de la localidad caspolina y analizaremos los edificios utilizados como centro de operaciones de esta organización libertaria. A través de la lectura del texto, vamos a conocer a distintas personalidades que visitaron por la ciudad durante este periodo, así como el significado del establecimiento del Consejo en la misma, del órgano que intentó articular una estructura organizativa y que soñó con un nuevo mundo dentro del contexto bélico del momento.

• ¿Por qué Caspe?

En las siguientes líneas pretendemos ofrecer una serie de datos que nos van a ofrecer una panorámica de la situación en la que se encontraba Caspe en los inicios del conflicto bélico. Aunque en un primer momento los milicianos establecieron la sede del Consejo en Fraga, no tardaron en desplazarlo a la ciudad caspolina por los motivos que explicamos a continuación:

- En 1936 Caspe era la quinta ciudad con mayor número de habitantes de todo Aragón, sólo superada por Zaragoza, Huesca, Teruel y Calatayud. Por lo tanto, se convertía en el núcleo de población que mayor número de servicios podía aportar para la intendencia del territorio aragonés ocupado por los Republicanos.
- Su posición estratégica se tornaba, a la vez, como un eje fundamental para un buen abastecimiento de la retaguardia, así como para el avance hacia el objetivo prioritario en esos momentos que era Zaragoza.
- Durante los años 30 Caspe se había convertido en un núcleo muy dinámico económicamente, ya que a un buen número de empresas conserveras se les unía el potente sector industrial del aceite de oliva. Estas dos actividades ejercían una influencia considerable en el desarrollo de una importante actividad en el sector primario.
- Desde la expansión de la red ferroviaria en la segunda mitad del siglo XIX en España, Caspe se había convertido en un auténtico nudo de comunicaciones. La estación de tren de la localidad en el eje que unía Madrid con Barcelona, le convertía en el núcleo de referencia en su comarca y se tornaba fundamental en el desarrollo del conflicto

bélico, ya que esto permitía un intercambio fluido de productos con Cataluña. La falta de una infraestructura de esta naturaleza en Fraga, resultó determinante para la sustitución de la capital del bajo Cinca por la ciudad del Compromiso.

- Además de lo mencionado anteriormente, Caspe contaba también con emisora de radio, imprentas, servicio de telégrafos y salas de cine y teatro. Era, en palabras de Alejandro Díez Torre, una ciudad que destacaba por su creciente vida social.
- Todos estos factores contribuyeron a la presencia de comités regionales y provinciales de partidos y sindicatos, los cuales se adelantaron a la llegada del propio Consejo.

Una vez elegida Caspe como centro de operaciones, el colegio Compromiso de dicha localidad se convirtió definitivamente en la sede administrativa del Consejo de Aragón. Fue el 6 de octubre de 1.929, durante el periodo dictatorial de Primo de Rivera, cuando el ministro de Justicia y Culto, Galo Ponte Escartín, hizo los honores de inaugurar lo que se conoció como Grupo Escolar Compromiso de Caspe. El centro había sido construido en un lugar privilegiado, el solar que había ocupado durante siglos el convento de la Orden de San Juan, junto al Castillo del Compromiso y la Iglesia de Santa María. Con su construcción se solucionó la dispersión del alumnado de educación primaria, repartido hasta el momento por pequeñas aulas situadas en viviendas del casco urbano caspolino.

En enero de 1937 se creó en las instalaciones del colegio el aparato administrativo del Consejo. Además de por su amplitud y céntrica ubicación, el edificio fue escogido porque disponía de un pasadizo del antiguo convento que podría ser adaptado con refugio antiaéreo. Los niños fueron reubicados en otros centros escolares de la localidad como el Instituto Joaquín Costa, el desarrollo del conflicto bélico provocó que el absentismo escolar durante la guerra fuera muy alto.

Otro de los edificios utilizados para la intendencia del Consejo de Aragón fue el Instituto de Enseñanza Secundaria Joaquín Costa. En un primer momento, para la Presidencia del Consejo y otros departamentos, fueron utilizadas las instalaciones del centro que popularmente era conocido como “Franciscanos”, ya que ocupaba parte de las instalaciones que anteriormente habían sido propiedad de la comunidad franciscana en Caspe. Poco después, cuando la comandancia de la Columna Ortiz dejó libre el edificio, la Presidencia y las consejerías de Orden Público y Economía y Abastos se trasladaron a la palaciega Casa Barberán, edificio barroco situado en la plaza de la República.

El resto de las consejerías ocuparían el Grupo Escolar, conocido por la prensa de entonces como “edificio de los consejos”. Desde las antiguas aulas consejeros, subsecretarios y

funcionarios trabajaban y dictaban las disposiciones del Consejo que se hacían públicas a través del Boletín Oficial de Aragón. Tras la disolución del gobierno regional, los republicanos reconvirtieron el edificio en hospital de sangre, el mismo uso que poco después le darían los rebeldes durante la Batalla del Ebro.

En 1945 el edificio fue utilizado por las tropas del gobierno que llegaron a la zona para detener el avance de los guerrilleros antifranquistas, los maquis. Posteriormente, en el verano de 1976 el recreo del Colegio Compromiso fue el punto principal de la conmemoración del 40º aniversario del Estatuto de Caspe.

- **Santa María la Mayor, una iglesia convertida en garaje.**

Habría que remontarse más de dos siglos para entender en toda su dimensión el fenómeno del anticlericalismo en España. Durante todo el siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX, se produjeron ataques muy virulentos contra los símbolos de representación religiosa y contra las personas. La vinculación de las elites eclesiásticas con los grupos más reaccionarios hispanos y su apoyo al golpe de estado, supusieron el caldo de cultivo para que durante el avance de las tropas republicanas hacia Aragón tanto los edificios como cualquier elemento que tuviese una vinculación religiosa fueran destruidos.

Caspe no fue una excepción: el 25 de julio de 1.936 la Iglesia de Santa María la Mayor, hasta el momento la iglesia principal de Caspe, fue incendiada y con ello se perdieron todos sus retablos, el órgano, documentos, obras de arte y ropajes antiguos.

Se destruyeron las tumbas de Juan Fernández de Heredia y del obispo Martín García, las figuras esculpidas en las arquivoltas de la portada gótica, el parteluz o la estatua de la Virgen (sólo se conservó la base). Desaparecieron las jocalias, en su mayoría de plata, que fueron descubiertas tras ser emparedadas. Después de un breve paso por el Ayuntamiento, fueron enviadas a Cataluña, donde se les perdió la pista. Solo se conservan dos: por un lado, gracias a un empleado municipal que consiguió ocultarla tras unas estanterías, se conserva la Vera Cruz que, según la tradición, contiene un gran fragmento de la cruz de Jesucristo; por otro lado, el cáliz con el que Vicente Ferrer celebró la misa del Compromiso de Caspe en 1412, que fue devuelto por la Cruz Roja en 1939.

A pesar de los graves daños causados por la violencia anticlerical, el edificio pudo ser utilizado como garaje y taller de reparación de vehículos durante la etapa del Consejo de

Aragón. En una de sus paredes laterales había una inscripción que la señalaba como la sede del “Cuarto Batallón tren de la 5ª Compañía de camiones”.

La puerta sur, conocida como del Caritatero, se convirtió en la entrada principal, mientras que la puerta de la fachada principal fue tapiada, colocándose una reja de ventilación en la parte alta de la misma. Fueron desmontadas varias de las campanas, aunque la ubicada en la zona más alta del campanario se conservó, sirviendo como señal de alarma en caso de ataque aéreo durante la etapa republicana.

Los otros templos de la ciudad sufrieron “transformaciones” similares: Santa Lucía se convirtió en el economato de la colectividad donde las tiendas eran instaladas en cada una de las capillas; la iglesia conventual de los Franciscanos se reconvirtió en cárcel; otras iglesias se convirtieron en almacenes, mientras las pequeñas capillas que estaban repartidas por las calles fueron destruidas en su totalidad.

Además de los ataques que sufrió el patrimonio caspolino por parte de las tropas republicanas, cabe recordar que la acción de la aviación de las tropas sublevadas en marzo de 1938 fue también responsable de la ruina del templo y la destrucción de buena parte del patrimonio.

- **Sedes, propaganda y prensa.**

Durante esta etapa varias sedes de partidos y sindicatos se instalaron en la ciudad. El Comité Regional del Partido Comunista se instaló en la calle Vieja número 16; la sede local o “Radio de Caspe” del Partido Comunista, se ubicaba en el número 12 de la calle Mayor; un piso del número 24 de la misma calle se habilitó como oficina de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), y en la plaza Libertad número 4 se instaló la cooperativa de Mujeres Antifascistas.

También tuvieron representación en Caspe el Comité Provincial de Izquierda Republicana, cuyo presidente era el caspolino Emilio Bordonaba, o la asociación anarquista Mujeres Libres. Tras el golpe de Estado de julio de 1936, la CNT local incautó el edificio del Sindicato Católico, situado en la calle Alta, mientras que las Juventudes Libertarias (J.LL) contaban sede independiente en el primer piso de la casa de la familia Tapia, sobre la oficina de Correos que se localizaba en la esquina de la calle Pellicer con la plaza Compromiso, donde

un gran cartel identificativo -que ocupaba los tres balcones del piso- señalaba la sede el colectivo anarquista.

En cuanto a la propaganda, el cartel representó uno de los medios de expresión usados profusamente durante el conflicto por ambos bandos, si bien es reseñable que el gobierno republicano lo utilizó con mayor intensidad. Además del conflicto armado, se estaba dirimiendo otro enfrentamiento en otro campo, el ideológico, por lo que los carteles o boletines de prensa que animaban a mantener la moral alta en soldados y población civil, poblaban la retaguardia. Las calles de Caspe se mostraban llenas de carteles, como se aprecia en algunas fotografías conservadas. Varios organismos surgidos en el contexto de la guerra tuvieron oficina propia, como es el caso de “Altavoz del Frente”. También la Delegación de Propaganda del Consejo de Aragón tuvo su propio espacio, ubicado en el número 5 de la plaza de la República.

En la zona republicana había escasez de papel, a pesar de ello tanto partidos como sindicatos, junto a unidades militares, editaban sus propios periódicos o boletines. En Caspe destacaron los periódicos El Día, “Portavoz del Frente Popular en Aragón”, el Boletín Oficial del Consejo de Aragón (después llamado Boletín Oficial de Aragón), una suerte de BOE, y Nuevo Aragón, el periódico generalista publicado entre enero y agosto de 1937. Fue el rotativo más importante, se editaba en la calle Mayor donde se encontraban sus talleres. Se publicaba diariamente, excepto los lunes, y ofrecía información local, las actividades del Consejo, entrevistas, viñetas cómicas, opinión, la marcha de la guerra e incluso una breve crónica internacional. Su extensión era de ocho páginas. Carlos Gamón fue el primer director, aunque fue sustituido por Antonio López Muñoz poco después. El diario siempre fue acusado de ser un órgano propagandístico del Consejo de Aragón a pesar de que en su fundación se ofreció a todos los grupos políticos y sindicatos del Frente Popular la posibilidad de tener un representante permanente en el Consejo de Redacción.

- **Plaza de la República, epicentro político de la ciudad.**

La Casa Consistorial, situada en la plaza de la República (actual Plaza España) fue ocupada el 25 de julio de 1.936 por las milicias anarquistas que tomaron la ciudad. Esa misma jornada se constituyó el Comité Revolucionario con el objetivo de poner orden en la ciudad. Los sindicatos CNT, UGT y el partido Izquierda Republicana se repartieron equitativamente los 12 puestos del Comité.

A partir de febrero 1.937 este Comité Revolucionario se transformó en Consejo Municipal, que en líneas generales ejercía las labores de ayuntamiento de la villa. Desde la casa consistorial se llevaban a cabo todo tipo de tareas, si bien los que más atención requerían fueron todas las necesidades impuestas por la propia guerra; como ejemplo, buscar alojamiento para los miles de soldados y refugiados que llegaron a Caspe, gestionar el comedor popular, comercializar productos de industrias expropiadas, enviar ayuda a Madrid en forma de víveres y dinero, construir refugios antiaéreos y fortificaciones o la impresión de su propio papel moneda ante la falta de dinero en metálico.

El Palacio Piazuelo-Barberán fue ocupado en un principio por el Estado Mayor de la Columna Sur Ebro, que también se había adueñado del antiguo cuartel de la Guardia Civil en la plaza Ramón y Cajal, así como de una parte de la estación de tren. Cuando se traslada el Estado Mayor a La Puebla de Híjar en diciembre de 1936, las instalaciones ocuparon la presidencia del gobierno regional de Defensa de Aragón. El edificio era custodiado por las Fuerzas de Seguridad del Consejo de Aragón, permanentemente presentes en la Plaza de la República.

El centro de Caspe albergaba sedes y organismos como la Delegación de Propaganda del Consejo de Aragón, desde donde se ejercía la censura de los cuatro periódicos que se imprimían en Caspe en ese momentos, o como el Socorro Rojo Internacional, el cual proporcionaba alimento para los más necesitados.

Muchas fueron las personalidades que frecuentaron la plaza de la República durante la etapa del Consejo de Aragón. Cabe destacar a Dolores Ibárruri, la Pasionaria, quien estuvo en Caspe en diciembre de 1.936. En el Principal Cinema ubicado en la propia plaza de la República, profirió un vehemente discurso: “mujeres de Aragón, el espíritu de Agustina de Aragón os grita la necesidad de salir a la calle a defender la independencia de nuestro país, y que los mártires caídos por la libertad no tengan que avergonzarse de nuestra cobardía. Luchemos por una España grande y luchemos hasta vencer”.

También fue destacada la presencia del entonces ministro de Industria del gobierno republicano, Joan Peiró, que pasó por Caspe en abril de 1937, así como la de Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Cataluña, otro de los ilustres visitantes de la ciudad que recaló en Caspe en julio de 1937.

- **La vida cultural en Caspe.**

La Guerra Civil no interrumpió la vida cultural en Caspe. En el Teatro Cine Goya siguieron proyectándose películas y continuaron también las funciones teatrales. Pero la coyuntura bélica hizo que muchas de las veladas sirvieran no solo para entretener al público, sino también para adoctrinarlo; no en vano, el Departamento de Información y Propaganda estuvo detrás de buena parte de las sesiones. Además, en este espacioso local inaugurado en 1930 se llevaron a cabo otra serie de espectáculos como, por ejemplo, sesiones de boxeo con fines solidarios. Sin embargo, los actos más habituales fueron las conferencias, mítines y reuniones. En este sentido cabe destacar, por ejemplo, el Goya. Este edificio fue la sede del Primer Congreso Extraordinario de Colectividades regional a mediados de febrero de 1937.

Es muy destacable que el homenaje dispensado a México, y que se celebró por distintas localidades de la zona republicana, se cerrase en Caspe, siendo muy celebrada la intervención del poeta zamorano León Felipe recitando “La Insignia”. En la actualidad, una placa a la entrada del Teatro Goya recuerda las primeras palabras que pronunció aquel primero de mayo, cuando recitó “La Insignia”, cuyas primeras líneas decían así:

Espanoles, españoles revolucionarios, españoles de la España legítima, que lleva en sus manos el mensaje genuino de la raza, para colocarle humildemente en el cuadro armonioso de la Historia Universal de mañana, y junto al esfuerzo generoso de todos los pueblos del mundo...

Escuchad: Ahí están —miradlos—. Andan por Valencia, están en la retaguardia de Madrid y en la retaguardia de Barcelona también.

Están en todas las retaguardias. Son los comités, los partidillos, las banderías, los sindicatos, los guerrilleros de la retaguardia ciudadana. Ahí los tenéis. Abrazados a su botín reciente, guardándole. (...).

Es la insignia de los fascistas.

Una medalla ensangrentada de la Virgen.

Muy poca cosa.

Pero ¿qué tenéis vosotros que es una más?

Pueblo español revolucionario,

¡estás solo!

¡Solo!

Sin un símbolo.

Sin emblema místico donde se condense el sacrificio y la disciplina.

Sin un emblema donde se hagan bloque macizo y único de todos tus esfuerzos y todos tus sueños de redención (...)

¡Vamos a la muerte!

Éste es nuestro lema.

¡A la muerte!

¡Gritad, gritad todos!

- **Derrota y exilio.**

Después de la toma de Caspe por parte del ejército rebelde el 17 de marzo de 1938, siguió el avance de las mismas hacia el este con el objetivo de ocupar la totalidad del territorio republicano. El 19 de Abril se consumaba la fragmentación del espacio gobernado por la República, una vez que llegaron las tropas franquistas al mar Mediterráneo en la zona de Vinaroz. Manifestada la superioridad del bando sublevado en la batalla del Ebro entre julio y octubre de 1938, fue cuestión de tiempo que se consumase la derrota republicana, lo que finalmente sucedió el 1 de abril de 1939.

Una de las consecuencias más dramáticas del final de la guerra fue el exilio republicano. A partir de diciembre de 1938, el avance de las tropas golpistas sobre Cataluña provocó que un número ingente de población huyera rápidamente hacia la frontera francesa a través de los Pirineos. Con la ocupación total del territorio por parte las tropas franquistas miles de personas iniciaron una huida desesperada a través de los puertos de Levante, último bastión del gobierno constitucional republicano.

La llegada de una gran masa de población española a las fronteras pirenaicas, hizo que las autoridades francesas crearan una serie de campos de refugiados: Gurs, Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien y Barcarès, Septfonds, Rivesaltes o Vernet d'Ariège, que resultaron ser el punto de llegada en la huida de la represión franquista. Sin embargo, las condiciones de vida en los

campos fueron penosas. Construidos sin las mínimas condiciones para una vida digna, tanto las instalaciones como la alimentación resultaban totalmente insuficientes.

Especialmente dura fue la situación de los españoles que recalaron en el Norte de África, al ser internados en campos de la Argelia francesa y obligados a trabajar en la construcción del ferrocarril transahariano. El ingreso en el ejército francés, bien en la Legión Extranjera, bien en los Regimientos de Marcha Voluntarios Extranjeros o en el alistamiento en las diferentes Compañías de Trabajadores Extranjeros, representaba su única tabla de salvación.

En ese contexto, el 1 de septiembre de 1939 comenzaba la Segunda Guerra Mundial. En pocas semanas las tropas alemanas ocuparon Polonia y, en junio de 1940, Francia era derrotada y parcialmente ocupada por el ejército alemán. El territorio francés quedó dividido en una zona de ocupación gestionada por las autoridades del III Reich y en una zona bajo la soberanía del gobierno colaboracionista de Vichy.

En ese momento, miles de españoles pasaron a la clandestinidad e ingresaron en la Resistencia francesa, protagonizando misiones de espionaje, acciones de sabotaje de infraestructuras (cortando líneas férreas, líneas de teléfono y suministro eléctrico, etc.) y ataques armados a las tropas de ocupación nazi y a los colaboracionistas franceses

Una gran cantidad de españoles participaron en la acción bélica (es destacada la acción de estos exiliados en la liberación de París), mientras que otros fueron detenidos, torturados e internados en campos de concentración nazis. Entre 1940 y 1945 más de nueve mil exiliados republicanos acabaron en Buchenwald, Mauthausen, Dachau y Ravensbrück. Se estima en cerca de seis mil republicanos españoles perdieron la vida en estos campos.

Poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, el consenso antifascista que había sustentado la colaboración de los aliados (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) se rompió por el contexto de la Guerra Fría. A partir de ese momento las esperanzas de todos los exiliados de poder acabar con el régimen franquista se diluyen y comienza a surgir un tiempo de desesperanza.

Uno de los mayores problemas que tuvo el exilio fue el de dotarse de unos elementos culturales fuera de sus fronteras para crearse una identidad y un relato unificado frente a la “otra España” que representaba el estado totalitario del general Franco.

Existían una serie de elementos que ponían en común a todo el grupo de exiliados como era la defensa de los valores democráticos y, sobre todo, la denuncia de la naturaleza del régimen totalitario y fascista que se había implantado en España después de la Guerra Civil. También se crearon redes y centros de sociabilidad que programaban distintas conmemoraciones y celebraciones para fomentar los vínculos entre los desterrados. Sin embargo, la heterogeneidad política del exilio sumado a la dispersión geográfica, provocaron

una gran dificultad de reconstruir un imaginario nacional debido a las distintas sensibilidades políticas y culturales que representaban estos expatriados.

Con el paso del tiempo, la nostalgia por la tierra que habían dejado empezó a cundir entre las personas exiliadas. Una situación de desesperanza y desarraigo, que agravado por la soledad y el aislamiento, desembocó en la recreación de la España republicana como un paraíso perdido, una patria imaginada que generará unas expectativas que se truncarán con la vuelta del exilio.

Bibliografía

Amadeo Barceló, José Antonio Pérez, «Caspé 1937: Capital del Consejo de Aragón. Un recorrido urbano, un viaje en el tiempo», editado por la Comarca Bajo Aragón Caspe-Baix Aragó Casp, Caspe, 2017.

Jorge de Hoyos, «[Últimas aportaciones a los estudios de los exilios españoles contemporáneos](#)», *Ayer*, 85, 2012, pp. 229-242.

F. Santos, *Exiliados y emigrados (1939-1999)*, Madrid, Cuadernos de la Fundación Españoles en el Mundo. Edición digital en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/exiliados-y-emigrados-19391999--0/>

Evelyn Mesquida, *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona, Ediciones B, 2008.